

**Fernando Sánchez Pintado**

*La última vez  
que veremos el mar*

P A S O S   P E R D I D O S

Diseño de cubierta: Editorial Pasos Perdidos S.L.  
Imagen de cubierta: © René Magritte, *Les amants*; VEGAP,  
Madrid, 2015.  
Maquetación: Daniel F. Patricio

© Fernando Sánchez Pintado, 2015.  
© de esta edición, 2015, Editorial Pasos Perdidos S.L.

ISBN: 978-84-943434-2-1

Depósito legal: M-6147-2015

Impreso por Huna Soluciones Gráficas S.L.

Cualquier formato de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede hacerse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## Primera Parte

*Como el hombre lleva dentro un interlocutor  
del que nunca podrá librarse,  
lo mejor que puede ocurrirle es no vivir  
en compañía de un asesino o de un falsario.*

*Hannah Arendt*

Después ya no pudo dejar de esperar la siguiente llamada. No era voluntario ni lo deseaba. Continuó sentado en su despacho con la mirada perdida en las hileras de libros perfectamente ordenados, entregado a la extraña percepción del espacio que le separaba de ellos. ¿Cómo se puede tocar algo vacío?, pero era lo que sentía después de esa llamada, la distancia vacía que había dejado atrás.

Al colgar el teléfono todavía creyó que Teresa y su llamada eran lo más parecido a un mal sueño que al despertar desaparece solo. No era así, seguía ante él como si fuera el protagonista de una película de ínfima categoría en la que el guionista decide que el tiempo puede tener un repliegue oculto que le arrastra y le hace vivir en otro mundo paralelo. Puso toda su voluntad en borrar-

lo, pero, como a menudo ocurre cuando se teme algo, cuanto más lo apartaba de su pensamiento más próxima y opresiva era su presencia.

Su despacho, la tarde calurosa de verano, los últimos informes que tenía encima de la mesa, el silencio, los estantes, los libros: la inmovilidad de un escenario donde fuera a ocurrir algo; como cuando de repente desapareció todo el mundo a la caída de la tarde en una ciudad del norte (¿Copenhague?, ¿Hamburgo?) a la que no pudo evitar que le arrastrara su mujer en su pasión viajera: una amplia avenida desierta, de edificios de ladrillo rojo y ventanas de cuarterones blancos y desnudos, y era esa ausencia, ese vacío lo que pesaba sobre ellos mientras avanzaban solos. Oía sus pasos, nada más, hasta el viento se había parado, no había más que edificios a ambos lados, iguales, distantes y sólidos; las nubes como una lámina metálica al ras de los tejados y al fondo todavía una franja de luz amarillenta y sucia. Y ellos dos en el centro de la avenida. La recordaba inacabable.

Tenía la misma sensación de irrealidad.

La llamada había durado muy poco, mucho menos que la despedida silenciosa. Tal vez ella esperaba una respuesta o simplemente dejaba que en el silencio continuara multiplicándose el eco de su voz para que se le quedara grabada, por si de verdad la había olvidado. Eso era lo que no podía soportar, que no la había olvidado; era humillante, no quería reconocerse en una debilidad que creía tan lejana.

Hizo un esfuerzo y apartó la vista de los libros, se quedó mirando el teléfono, le parecía un objeto monstruoso, el verdadero culpable: una máquina del tiempo

cargada de malas intenciones. Había tenido un brote del peor sentimentalismo, de los que hacen sentir con la atracción engañosa de la nostalgia que se puede dar marcha atrás y vivir esa otra vida que todos alguna vez dejamos de lado. Había bastado con oír su voz. Pero Horacio no era así. Se sintió ridículo. Era lo que más despreciaba, asistía a diario al penoso espectáculo de alguien que exhibe una imaginaria seguridad y de quien todos se burlan a su espalda; prefería ser cualquier otra cosa a esa mezcla de estúpido y engreído incapaz de verse a sí mismo. Sintió una punzada de odio que no lograba dirigir contra nada preciso. Ni siquiera contra Teresa. No terminaba de encontrar un calificativo para aquella llamada, todos le parecían desgastados y, sobre todo, demasiado bondadosos. Le habría gustado encontrar uno de verdad definitivo, que dejara sentado para siempre lo que ocurrió entonces y ahora volvía, y que cualquiera, cuando lo oyera, no tuviera necesidad de más explicaciones. Pero esos adjetivos no existían o él no sabía encontrarlos.

Trastornado por una voz, por su voz quebradiza, carnal, sobreactuada. ¿Qué le había dicho Teresa? Nada, en realidad. A no ser que le llamaría de nuevo, que seguía casi a su lado, siempre había sido un casi; ahora justo detrás del teléfono, en algún lugar que él desconocía y que no le diría. ¿Por qué había vuelto a aparecer como si no hubiera pasado nada, y menos el tiempo? ¿O no había pasado y todavía seguía siendo ayer mismo? ¿Por qué estaba tan alterado, cuando no le importaba, no le tenía que importar ni podía saber qué esperaba de él? Teresa había dejado de existir.

Ya era tarde y, en lugar de dar vueltas en el vacío, debería estar cerrando algunos asuntos menores antes de unas vacaciones que no acababan de llegar; siempre surgía un nuevo incidente que le obligaba a retrasarlas. Aprovechaba cualquiera, en general sin importancia; le gustaba su trabajo, pero aún más ante la perspectiva del descanso feliz, las horas muertas y la obligación de hacer algo con ellas, algo verdaderamente distinto. Era un hombre afortunado, había reducido esa obligación al mínimo, podía decir que la tenía controlada y pocas veces tenía que sufrir que, al otro lado de la puerta, su mujer tuviera todo dispuesto para cualquier viaje imaginable: para ella encontrar fechas, lugares y recorridos cambiantes era tan fácil como para otros seguir sin pensar el trayecto que hacían cada día. Algo admirable que había padecido durante años. Esta vez no sería así. Mañana no se iría, ni pasado ni en todo el verano, le bastaría con una llamada, también él podía hacerlas. Su mujer pasaba unos días fuera y le costaba reconocerse que necesitaba compañía, no una verdadera, cualquiera que le obligara a hablar de otra cosa. El silencio de su casa no era el habitual, el que disfrutaba cuando estaba solo. Era un silencio pesado, premonitorio, como si tuviera algo que decir.

Continuó en el sillón, las manos apoyadas sobre la mesa de su despacho, la espalda recta sin tocar el respaldo; era una posición que no invitaba a la reflexión, más bien parecía que se iba a levantar de golpe. Se vio así y no le gustó su imagen, puede que eso le ayudara a encontrar una conclusión y dijo en voz alta: inmerecido, inmerecido. No lo repitió porque dudara, era lo más ra-

zonable y seguro. Después se negó a continuar hablando solo y decidió olvidar la llamada, su voz y a ella. El silencio era cada vez más espeso, no podía dejar de oírlo. Se levantó y salió del despacho.

\*



\*

Cuando salió a la calle aún no era de noche a pesar de la hora. El vigilante nocturno tiró el cigarrillo lejos de la acera y se precipitó a abrirle la puerta, aunque fue solo el gesto, Horacio ya estaba fuera. Le había pillado en falta, pero no le preocupaba, este director no era de los que se van fijando en detalles para echárselos en cara a la gente.

—Cuando marzo mayea, mayo marcea... —bromeó Horacio.

—Ni lo dude, director, ya volverá el frío. Madrid es así, nos la guarda —respondió el vigilante, acompañándole mientras bajaba los escalones como si estuviera lloviendo y sostuviera un paraguas para que no se mojara. A menudo repetían esa broma, daba igual la época del año. Fue lo que le dijo la primera vez que le dirigió la palabra al poco de su nombramiento; debía de ser una primavera calurosa, el vigilante no se acordaba de más, pero se sintió orgulloso de que le diera un trato especial.

Le dijo que volvería a recoger el coche y se alejó sin prisa. Sí, este director era único, un hombre de los pies a la cabeza.

Para Horacio era más que un refrán, tenía el sabor de una enseñanza popular para que nos conformemos con lo que nos toque, porque tarde o temprano todo se equilibra. También era un recuerdo mucho menos grato de uno de los amigos de su padre, también cazador, y su particular forma de pronosticar el tiempo. Fue la única vez que su padre le llevó de cacería. Era sorprendente que de toda la angustia con que la vivió el recuerdo más preciso fuera el de los momentos previos a la salida, los olores desconocidos hasta entonces, las voces desacompañadas resonando en el aire helado y el miedo que le hacía apretar las manos contra los bordes de la mesa donde habían alineado varias hileras de cartuchos rojos. Eran los últimos preparativos antes de amanecer; revisaban las armas en una entrada lateral de la casa, empedrada, larga y poco iluminada, donde su padre guardaba las escopetas bajo llave en armarios altos, macizos, negros. Bebían café en unos pocillos metálicos. Se hablaba del tiempo, al parecer temían que nevara y alguien animó entre risas al experto a que diera su vaticinio. Aún recordaba su cara enrojecida y tersa de campesino. En las cacerías su padre mezclaba todo. Con las armas lo que vale es ser un hombre y saber usarlas, le había oído decir desde niño, y siempre con desprecio, como si estuviera levantando ante él un muro. ¿Qué dicen este año las cabañuelas?, preguntaron al campesino, pero luego nadie le prestó atención y sus explicaciones se perdieron entre frases a medio terminar, toses secas y el ruido de las botas gol-

peando contra el suelo para combatir el frío. Fue un día opresivo y largo del que había conseguido deshacerse casi por entero. Nunca le gustaron ni la caza ni su padre ni sus amigos. Pero conservaba con cariño las cabañuelas, un nombre festivo que seguía bailando en medio de aquel amanecer gris del que aún le llegaba el olor rancio a grasa, a metal y a cuero.

El Dos Estrellas estaba en la trasera de la Castellana, en una bocacalle poco transitada salvo a las horas de oficina. Era una de esas rarezas que hay en las grandes ciudades que, junto a la modernidad más estridente, conservan negocios familiares, reductos de otra época de los que es imposible saber cómo se mantienen en pie. Pasaba de tarde en tarde, cuando su mujer estaba fuera, a comer algo rápido antes de irse a casa, era el sitio donde nadie pensaría encontrarlo. Aún no había cerrado. Era un bar pequeño, con luces de neón que le hacía aún más inhóspito cuando estaba vacío. El dueño jugaba a los dados con otros dos clientes en un extremo de la barra, pero no le molestó suspender la partida para atenderle, tal vez le reconoció. Se sentó en un taburete con cuidado de no engancharse con alguna de las planchas de formica amarillas y verdes ligeramente desencoladas por el roce, de espaldas al televisor y a la sesión de desastres de origen variado que ofrecían a esas horas a manera de información. Esta vez se trataba de un accidente aéreo. Luego se trasladaron de continente y de asunto, pero las expresiones eran muy parecidas. También Teresa comenzó un programa de radio de esa manera, aunque en aquellos años el lenguaje del miedo no era tan frecuente y por eso parecía más brutal; quería poner los pelos de

punta a los oyentes que acababan de despertarse recordándoles, una detrás de otra, las crueldades de que era capaz el hombre. No es un accidente, dijo, es un sistema, y luego continuó con su enumeración. Al final dejó de utilizar términos como campos de exterminio y holocausto, y Horacio pudo comprender que se estaba refiriendo a lo que ocurría cada mañana en un matadero. Fue una de las primeras veces que oyó su voz.

Se acomodó frente al plato y procuró borrar a Teresa y su voz grave y oscura, aún más oscura aquella mañana en la que todavía no la conocía ni podía imaginar que un día fuera a conocerla, cuando la oyó describir la tortura a la que se sometía en esos mismos momentos a millones de seres inocentes para que nos alimentáramos de ellos. Luego se disculpó por si había amargado el desayuno a alguien, pero se notaba que era mentira, que no lo hacía ni por cortesía, a lo sumo para evitar quejas a la emisora. Eran sus primeros programas y ella muy joven y dispuesta a todo. Hasta entonces Horacio no había prestado apenas atención, no era más que un fondo de música, burlas y noticias sesgadas y algo irreverentes, un género de programa cada vez más de moda. Nada que le interesara, pero le ahorra escuchar el estado de la circulación y el baile de nombres, aún más confusos e intercambiables a esas horas, de la vida nacional.

Él mismo había echado a perder su cena. Apartó el plato y, en contra de su costumbre, tomó café. Si no iba a poder dormir, mejor estar bien despierto. Además, para qué volver a casa pronto, no quería imaginarse el teléfono, sin atreverse a mirarlo y sin dejar de pensar en él. Estuvo a punto de pedir una copa, pero enseguida

cambió de idea. No era bebedor y menos sin compañía, no iba a hacer un gesto tan juvenil y teatral para demostrarse que estaba solo y tenía toda la noche por delante y no le importaba.

El primer sótano del aparcamiento estaba casi vacío. Pocas veces salía tan tarde del despacho, había apurado todo lo posible el día. Oyó sus pasos y se vio avanzar entre las dos hileras de columnas protegidas en su parte baja por un faldón de caucho. En otro tiempo le habría contado a Teresa la extraña impresión de solidez que sentía, como si fuera el personaje de una vieja película de gánsteres en la que un hombre solo se dirige decidido a alguna parte, sin conocer, o tal vez sin importarle, el peligro que los espectadores desde el comienzo de la escena saben que está corriendo. El olor a gasolina y aceite, las horas inusualmente nocturnas, la luz mortecina del aparcamiento, su soledad y una imagen que provenía de su infancia, con eso habría bastado entonces, cuando gracias a Teresa verse a sí mismo se había convertido en una aventura.

Embocó lentamente la rampa de salida, a la derecha distinguió en la penumbra la furgoneta destartada del vigilante; seguro que también era cazador y dado a la meteorología de las cabañuelas. Se pasó la mano por la barbilla, le pareció que hoy la barba había crecido más deprisa. Se había visto en el espejo del ascensor, tenía un aspecto envejecido que continuaba alimentando con nuevas dosis de recuerdos. Volvían solos. La memoria tiene extrañas leyes, Horacio no se había parado a pensar que algunos lo que hacen es mostrarnos nuestra debilidad, creemos recuperar lo que habíamos perdido y sentir

la continuidad de nuestra vida, un zócalo sólido sobre el que se seguirá levantando el futuro, pero ese permanente retorno no descubre nada: ya no existe la semilla. Únicamente nos hablan del miedo que sentimos.

A esas horas las calles estaban despejadas, le produjo un placer inesperado avanzar rápido, sin obstáculos, y poder elegir cualquier dirección. Dio un largo rodeo para volver a su casa, no quería dejar de sentir la suave potencia del coche, casi flotando, como si no hubiera ninguna resistencia en el mundo; también temía que, cuando llegara, aún no habría conseguido agotar el día. Conducir le calmaba, como todo lo que exigía atención y olvidarse de sí mismo. Tener un plan y seguirlo rigurosamente siempre le había aliviado.

En el contestador había un mensaje de su hermana, lo borró sin terminar de escucharlo, parecía como siempre urgida por algún nuevo temor, aunque, si se hubiera tomado la molestia de llegar hasta el final, puede que tampoco habría averiguado en qué consistía. Su hermana se movía en círculos y cuando decía un poco casi siempre significaba muchísimo, era su forma de entender la educación y el buen trato. O tal vez era un reflejo más duradero de su infancia y formaba parte de la herencia familiar que, como el corte de cara o algunas expresiones, los demás reconocen con toda claridad, aunque para uno mismo constituyan un misterio. Tanto daba, hoy era incapaz de aguantarla. Escogió una revista y pasó al lado del teléfono sin mirarlo. Habían pasado treinta horas.

\*